
LA ORACIÓN ESENCIAL

Marcel Légaut
Les Granges,
agosto de 1962

Los temas fundamentales de la vida espiritual son aquéllos que giran alrededor de la relación entre Dios y el hombre. Y así tenemos, en primer lugar, el tema revelación-inspiración, en el que lo fundamental es la acción de Dios en el hombre, la llamada. Pero también tenemos el otro movimiento, el movimiento inverso, el movimiento del hombre hacia Dios. Es evidente que ambos movimientos se compenetran pero, en cierto modo, son claramente diferentes ya que, en el primero, el elemento propiamente activo es Dios; y, en el segundo, aunque Dios siga siendo el elemento activo principal, el hombre es el elemento activo secundario pero indispensable. De manera que, en la oración, hay una parte clarísima de actividad humana que sin suprimir la actividad esencial de Dios, también es esencial. Dios no nos hace orar sino que nos llama a la oración.

Pues bien: para centrar mi meditación, voy a empezar eliminando muchas clases de oraciones de las que se podría hablar en otra ocasión, pero que no me parecen propiamente la *oración esencial*. Esto no quiere decir que vosotros no tengáis que rezar mañana y tarde, recitando vuestras plegarias, pero hoy elimino todo eso. Y también elimino otra especie de oración más original, más espontánea, más personal, pero que no es lo suficientemente personal como para convertirse en la oración que me interesa. Me refiero a esa oración que solemos hacer cuando quedamos embar-

gados por ciertos acontecimientos favorables o dañinos. A esa oración que, por ejemplo, hace un pobre hombre ante aquél que tiene su suerte en sus manos, como en la Edad Media podía hacer un siervo ante su señor. Sí, me refiero a la oración de un siervo ante su señor. Ya sé que me diréis: “Dios es el Señor, es nuestro Señor, pero no lo es a la manera de los hombres cuando son señores. Es nuestro Señor de una manera completamente diferente, de una manera completamente trascendente. Así como el acto de crear trasciende al acto de fabricar, así también Dios como Señor trasciende lo que puede hacer un hombre cuando es señor”. Es verdad, pero prefiero eliminar este tipo de oración. Pues es una oración que revela un primer sentimiento religioso que mucha gente tiene porque sólo piensan en Dios cuando le *necesitan*. Pero cuando necesitan precisamente de Dios, no es entonces cuando Dios es más “su Dios”. En ese momento, Dios es su Señor, el Señor que necesitaban cuando era Él quien hacía llover y quien daba el buen tiempo. Así que elimino esta perspectiva. Yo no impugno el valor religioso inicial, primitivo, simple, de este tipo de oraciones, pero se trata de un comienzo. Como cuando uno tiene un examen, y reza para aprobarlo... En fin, algo religioso hay en esto, pues si no, no rezaría, pero elimino todo esto. Lo que queda no es mucho, pero es lo principal.

Ahora voy a distinguir *tres* clases de oración. Para que una oración sea realmente una oración del estilo de la que voy a hablar, hace falta que el hombre esté presente a sí mismo. Presente. Presente a sí mismo. No basta con que esté cogido por las circunstancias, de manera que se vea obligado a hacer tal gesto de súplica para pedir determinada cosa. No, lo que hace falta es que esté presente a sí mismo. Que sea un hombre recogido, silencioso, que se capte a sí mismo interiormente y no por los acontecimientos exteriores del instante que le cogen desde fuera y que le hacen sentirse. Es preciso que se sienta por dentro. Ésa es la primera condición.

Estar presente a sí mismo es la primera condición, y es una condición suficiente para cierta forma de oración, para esa oración que voy a llamar “oración sin fe”. Es la oración de un hombre que todavía no cree en Dios, pero que está lo suficientemente presente

a sí mismo como para conocer todo lo que hay de grandeza, de autenticidad, de real en sí mismo. Y entonces hace una oración más o menos así: "Dios mío, si realmente existes, no es posible que sea blasfemado lo que hay de grande en mí. No es posible. Y así, el amor que tengo a mi mujer, el que tengo a mis hijos, la piedad que siento hacia tal niño inocente, hacia ese pequeño que tanto sufre el pesado determinismo de la materia o de la sociedad, todo esto, si Tú existes, es imposible que no lo sientas Tú también, al menos conforme a tu dimensión, que es una dimensión superior a la mía o al menos igual..." Ésa es la primera oración, oración que, en cierto sentido, es la confrontación entre la grandeza de Dios y la grandeza del hombre. La grandeza del hombre no impugna la grandeza de Dios; por el contrario, la afirma. Y afirma que cualquier grandeza que no sea digna del hombre, tampoco puede ser una grandeza de Dios. Así, muchas formas de ateísmo entran en semejantes perspectivas. Los ateísmos cerrados permiten la oración de la que os hablo, esa oración que supone la toma de conciencia de la grandeza del hombre, y esa afirmación de que, si Dios existe, Dios no puede ser menos grande que el hombre, ni tener unos sentimientos que contradigan las grandezas propiamente humanas. Es un humanismo muy respetable, tanto más respetable cuanto es más verdadero, es decir, cuanto más profundamente hunda sus raíces en el interior. Hay humanismos a todos los niveles, como el del placer o el de la simple belleza artística, pero este humanismo es mayor que estos otros. Cuanta más conciencia de sí toma el hombre, y, por tanto, mayor conciencia de su grandeza tiene, tanto más es capaz de dirigir a Dios una oración como ésta, aunque no crea en Dios, pues dice: "Si Tú existes es necesario que... pues de lo contrario yo sería mayor que Tú, lo cual es contradictorio". Aquí tenemos la primera oración, la oración sin la fe. Es una oración que puede y debe ser completada, pero que debe estar constantemente presente y subyacente a todas las demás formas de oración. Yo diría que es la oración elemental, inicial, de partida. No es suficiente, pero es necesaria. Y, donde falta, algo falta. Y, donde está, vacuna a todas las formas de oración que he eliminado al comienzo, e incluso a ésta del siervo a su señor, que no está a la altura del hombre, pues es verdad que el hombre puede estar sometido a los acontecimien-

tos o a los elementos en algún aspecto, pero en otros les es superior. Pues el hombre es trascendente respecto a la creación entera. Así, que ya tenemos la oración inicial: la que ha de subyacer a todas, la que en sí ya es auténtica oración, la que un ateo humilde — no uno dogmático— debe decir pues me parece que es la forma de su humildad. Cuando dice: “Si Tú existes,...”, sigue siendo ateo, pues no afirma la existencia de Dios, pero es humilde porque pone ese “si...”.

Veamos ahora la segunda forma de oración, la ya propiamente cristiana, específicamente cristiana, originalmente cristiana. Es la oración a Jesucristo. Nosotros somos “Gentiles”. Nos es muy difícil orar directamente a Dios, como si nos resultara evidente que Dios es Dios y nosotros sus creaturas. Sí, nos resulta muy difícil. Tal vez los Judíos lo podían hacer en sus condiciones que eran otras y no conozco bien, pero, ciertamente, a nosotros, nos resulta muy difícil. Primero, hemos de pasar por Jesucristo. Es lo que dice la tradición cristiana. Orar a Jesucristo. Bueno, pues ¿qué es la oración a Jesucristo?

En la oración precedente, la condición indispensable era estar presentes a nosotros mismos, y alcanzarnos en nuestra grandeza, confrontándola con la grandeza necesaria y todavía problemática de Dios. Así que: presencia del hombre a sí mismo en la profundidad de lo que uno puede ser. Entonces, en la oración a Jesucristo no sólo hace falta que estemos presentes a nosotros mismos sino también a Jesucristo, es decir, que Jesucristo nos esté presente, que entremos en su intimidad, que estemos ante él como si lo hubiéramos conocido con nuestros propios ojos, de modo que, cuando le hablemos o le evoquemos, lo hagamos como a alguien a quien recordamos vivamente. El “haced esto en memoria mía” es el alfa y la omega de la vida espiritual cristiana. Es preciso que Jesucristo esté presente en nosotros, que estemos presentes ante él, que él lo esté ante nosotros, exactamente como si hubiéramos vivido en el tiempo de los apóstoles.

Ésa es la oración propiamente cristiana, que no es la última, pero que es la que Cristo nos permite realizar, con esa carac-

terística trascendente, pues no se trata de una presencia simplemente humana ya que afirmamos que Cristo es Hijo de Dios y, en esa afirmación, hay una actitud interior por la que decimos que aunque él sea esencialmente de nuestra raza, nos trasciende, lo cual nos permite tener con Él unas relaciones humanas que, en ciertos aspectos, tienen características divinas.

Esa es la segunda forma de oración, la oración a Jesucristo. Y ya os dais cuenta de que cuanto más hombres nos vamos haciendo, mejor le vamos comprendiendo. Y cuanto mejor le comprendemos más presente se nos hace. Si sólo comprendiéramos a Jesucristo desde el exterior, como una historia entre muchas historias exteriores, su presencia sería débil. Pero si le captamos en la profundidad humana —pues él es totalmente hombre— a medida que profundicemos nuestra humanidad, la suya se nos aparecerá de una forma más total, más completa. Y así, su presencia nos resultará mucho más real, mucho más plena.

Esta es la oración número dos, la oración propiamente cristiana que está en íntima relación con la oración del comienzo, con la oración cuya base era la grandeza del hombre. Y, si aceptáis todo esto que os estoy diciendo, la misa —que es el recuerdo de Jesucristo— queda actualizada según las perspectivas que Él nos dio tanto en la Última Cena como en otros momentos: “Cuando algunos os reunáis en mi nombre, yo estaré en medio de vosotros”. Es decir, estaré realmente presente en vosotros, no simplemente como una idea teológica, o como una imagen piadosa, o como una tradición cualquiera, sino como una auténtica presencia, en cierto modo más real que las presencias que nos rodean. Y, entonces, Jesucristo es para nosotros una ventana abierta sobre la divinidad. Mientras que todas las ventanas que podemos tener a nuestro alrededor sólo son ventanas aparentes, falsas ventanas. Ésta es la segunda oración.

Como podéis comprender, esta segunda oración no es — como tampoco la primera— una oración que podamos hacer a una hora fija. Puesto que somos materiales, carnales, seres sociológicos, es normal que hagamos cosas a horas fijas, todos los días, mañana y tarde, o los domingos. Es completamente normal, y forma parte

de nuestra condición fuertemente material. Pero está claro que estas dos oraciones de las que estoy hablando sólo pueden darse en determinadas horas. Si nunca se dieran, no habríamos alcanzado el nivel de la oración personal de la que hablo.

Aún hay una última oración, y, para singularizarla con respecto a las otras dos, la voy a llamar oración de fe. Es una oración que ya no se dirige a Jesucristo... sino a Dios. Es evidente que, para que Jesucristo nos esté presente, hace falta fe. Por eso, cuando a esta última la llamo "oración de fe", no excluyo la fe que la segunda forma de oración exige e impone. Incluso la primera forma de oración exige cierta fe. Sí. Exige la fe en sí mismo, tomada ésta en su sentido noble. De modo que, en cierta manera, la fe es siempre indispensable para que la oración exista. Pero, en fin, hay diversas clases de fe. La fe en sí mismo es una primera forma de fe que probablemente hace posible la fe en Jesucristo. Pero hay una tercera clase de fe que es la fe en Dios. Esta última forma de oración es una oración dirigida directamente a Dios, y se dirige a Él porque se cree en Él. Es una oración esencialmente de acción de gracias, pues la fe en Dios supone que uno ha comprendido lo que Dios es para nosotros. Uno ha comprendido... con una comprensión global, que, evidentemente, no puede explicitarse ni profundizarse con datos concretos como podemos hacerlo con respecto a Jesucristo, tanto sobre lo que él es para nosotros como sobre lo que él es en sí mismo. Con respecto a Dios, nuestra explicitación es mucho más pobre pues Dios está más allá de toda explicitación. Se trata de una acción de gracias, que, en el fondo, equivale a una adoración. Desde el punto de vista de la explicitación, nada hay más pobre que la adoración. Pero también nada hay más pleno, nada que impregne más. La fe de adoración, de acción de gracias, que da gracias por lo que se nos ha dado, por lo que somos, por la grandeza de lo humano, por lo que Cristo es para nosotros. Esa es la tercera forma de oración. Es evidente que esta oración no puede desplegarse en toda su plenitud más que cuando las dos primeras se realizan de un modo un poco... no digo cotidiano, pero sí de un modo real, en algunas horas de nuestros días, o en algunos días de

nuestra vida. Ciertamente, esta tercera forma de oración es la última. Es la que, en cierto modo, concluye las dos precedentes. Las dos primeras son las que hay que descubrir previamente para poder alcanzar de manera no ficticia, ni sólo piadosa, o devota, o sistemática, o metódica, esta tercera que es propiamente de adoración.

Aún podría decirnos algo más, pues, ya lo veis, en todo esto de la oración, no he hablado más que de la relación entre el hombre y Dios. Pero querría añadir un pequeño anexo importante, muy importante, que es la oración por los otros. De esto no he hablado. Está claro que orar por los otros no forma parte del objeto de la primera forma de oración. Esta primera forma es una confrontación casi heroica, casi dramática, entre ese Dios posible y cada uno de nosotros. En la segunda forma, ya puede entrar más claramente. Pero, fijaos: también incluso en la primera, cuando yo le digo a ese Dios posible: “no es posible que Tú aceptes para mis hijos, o para mi mujer, o para aquéllos que amo, esas cosas que son totalmente contrarias al amor con que los amo. Pues si Tú permitieras que, en definitiva, quedara burlado mi amor en aquéllos a quienes amo, mi amor sería más grande que Tú”. Así, que ya veis: incluso ahí, ya hay una oración por los otros. Sí, reconozco que es una oración un poco singular, pues es una oración de exigencia. Es imposible y es necesario. Sí, es imposible que esto no ocurra. Pero es igualmente necesario que no pase. Y allí donde lo imposible y lo necesario se unen —como decimos a menudo— la presencia de Dios es casi indispensable. Así que, incluso en ese primer plano, existe la oración por los otros bajo una forma bastante excepcional pero muy real.

Pero, en la relación con Jesucristo, es más fácil de concebir esta oración por los otros. Pues la presencia humana de Jesucristo en nuestra vida de ninguna manera excluye las demás presencias. Esto ya nos pasa con los más próximos: su proximidad no aleja a nadie de nuestra vida. Así que de la proximidad de Cristo no se sigue de ningún modo la lejanía de los demás. Al contrario: cuanto más próximo nos esté Cristo, más fácilmente pueden aproximarse los demás sin quemarse. Pues hay proximidades que sólo resultan

posibles cuando se alcanza cierto nivel de presencia de Jesucristo en las almas. Así, que ya lo veis: la oración por los demás es perfectamente concebible en el plano de la oración a Jesucristo. Ahora bien, para esto, hace falta que aquéllos por quienes oramos estén realmente presentes en nosotros. No podemos orar por cualquiera que esté en una lista de intenciones. Esa sería una oración del tipo de las que he eliminado. Pero sí que se puede orar por alguien al que conozco, por alguien cuya presencia tengo, por alguien al que estoy presente. Entonces se puede orar por él, pues uno lo lleva dentro. En nuestros libros de espiritualidad, hay una expresión muy sencilla: "Pongámosle en presencia de Dios". Pues bien: para "llevar" a alguien, es preciso que él esté presente en nuestro corazón. Si no, no podríamos llevarlo. El hecho de poner a alguien en presencia de Dios supone que lo tenemos presente. Uno no puede rezar por todo el mundo. Cuando alguien me dice: "oye, reza por esta intención", si accedo, no hago más que un acto piadoso. Sí, lo intento, pero, ¿qué hago? ¿Orar de verdad? No, no se puede. ¿Os imagináis orando por la cuñada de un compañero que viene a pedíroslo y a la que no conocéis? Imposible. Para orar por alguien hay que conocerlo, hay que llevarlo dentro, hay que amarlo. No puedo orar sin amar. Es imposible tener la presencia de alguien sin amarle. Me es fácil orar por mi mujer, o por mis hijos, o por gente como vosotros, a quienes conozco y amo, cuando se encuentra en dificultad. Sí, me resulta fácil. Pero, orar por cualquiera..., es imposible. Lo honrado sería decir que no. Y, si resulta cruel negarse, pues entonces uno se calla.

Me parece que esto es todo lo que quería deciros. Pues la última forma de oración, la de adoración, a la vez es esencialmente individual y esencialmente colectiva. Nada unifica tanto a los hombres como la adoración. Ya la admiración tiene a veces un poder demasiado unificante entre los seres humanos. Cuando toda la gente se pone a admirar a un hombre fuera de lo normal, como Hitler, por ejemplo, o a alguien por el estilo, se unifican. Hay, pues, una admiración que les une demasiado. Sin embargo, la adoración, en la medida en que es muy exigente y sus preparaciones eliminan todas las impurezas que deteriorarían esta edificación, hace que esta edificación formidable sea una edificación esencial...